



**BREVE HISTORIA
DE LA GUERRA
CON LOS
ESTADOS UNIDOS**

JOSÉ C. VALADÉS



BREVIARIOS

Fondo de Cultura Económica

1. LOS HOMBRES

Ese hombre, metido en un levitón, que lleva la cabeza cubierta con una cachucha, que monta caballo de regular alzada, que sonrío enigmático cada vez que le vitorean, que a veces en el camino que recorre se pierde en medio de una nube de polvo, que en el vivaque pone la mano paternalmente sobre el hombro de un rústico soldado, que se interesa en cuanto le rodea, que se aparece inesperadamente en los campamentos, ya de Bocas, ya de Solís, acompañado por los generales Manuel Micheltorena e Ignacio Mora y Villamil, el coronel Antonio Corona y dos o tres oficiales, es el general Antonio López de Santa Anna.

Va andando, en 1847, el mismo trayecto que en 1836 le condujo al desastre y a la prisión.

Cumple 53 años de edad precisamente el día en que firma la orden (21 de febrero de 1847), mediante la cual el ejército mexicano que manda ha de ir en marchas forzadas a atacar al enemigo extranjero que, dentro del territorio nacional, se presenta organizado y amenazador. Ha nacido en Jalapa, y al llevarle sus padres a la parroquia de San José a recibir las aguas bautismales, le dieron el nombre de Antonio de Padua María Severino. Se inició en la carrera de las armas a muy temprana edad, y durante un cuarto de siglo embargó con sus hechos, ora tenebrosos, ora valientes, numerosas páginas de la historia de México.

Inteligente y sutil, su porte y sus maneras le ayudan en las empresas que persigue. Hace afectos con la misma facilidad que los extingue. Como no es hombre de doctrina política —tampoco de originalidad—, las ideas, al igual que la amistad, las tiene por superficialidades. Todo en él es ficticio, por lo cual jamás se ocupa en dar solidez a sus actos. Pretende que la autoridad, el individuo y la nación sean obra de su capricho y, por tanto, hace inconducentes sus designios. A consecuencia de ese arte recibe el calificativo de dictador, sin serlo. Lleno de propósitos

repentinos y por esto mismo pocas veces fundados en la razón, sin los recursos de la energía siempre unidos a las tareas del buen gobernante y sin el engreimiento con la crueldad, que es inequívoca señal del tirano, Santa Anna no pudo ser el llamado a establecer una dictadura en México. Sus fórmulas de gobierno centralista, sus disposiciones tributarias, sus momentáneos e irresponsables ejercicios de mando y poder y sus minutos de irascibilidad eran coyunturas, pero nada más coyunturas, para que se le catalogase como dictador. Sin embargo, en la compulsión más severa, al paso que elevada, de los documentos oficiales y privados hasta la época que examinamos, no se encuentran las huellas de los horrores de una tiranía pero sí múltiples y profundas debilidades del general Santa Anna.

Si grandes son los males que un dictador ocasiona a una patria, no pueden juzgarse menores a los que causa un connivente. Tantos daños acarrea a una nación el despotismo como el disimulo, y era éste, y no aquél, el argumento central de los gobiernos santanistas.

Cuando Santa Anna abandona la presidencia, no tenía el propósito de seguir ejerciéndola desde el exterior (así lo comprueba el número y la calidad de las personas que le escribían o lo visitaban). Se debían sus retiros a debilidades e inconsistencias, materias que no pertenecen a la índole de un tirano. Pero si lo primero era creído en el país más que lo segundo, cúlpele a la literatura política de esos tiempos, que muy fácilmente se dejaba arrastrar tanto por los rencores internos, cuanto por la gatzmoña y hábil propaganda extranjera; porque fue más allá de las fronteras de México en donde nació el calificativo de *dictador* a Santa Anna, no para salvar a los mexicanos del despotismo, sino para justificar mañosamente, bien las invasiones, ya políticas, ya económicas, ya militares, bien los destroncamientos del territorio nacional.

Germinó también en el extranjero la fábula del militarismo mexicano, mas no para emancipar al país de lo que no existía, antes para matricularle como pueblo inferior, al igual que para estímulo a los covachuelistas mexicanos —directores eternos de

pronunciamientos— y para destruir la moral de un ejército que, no obstante su primitiva pobreza, era abnegado e incansable defensor del suelo patrio. Primer síntoma de la eficacia de esa propaganda fue lo sucedido en Texas en 1836.

La desdichada guerra se atribuye al descontento de los colonos extranjeros allí establecidos, por haber cambiado México su Constitución federal por la centralista. Verdad es que los pobladores de Texas temieron perder las ventajas de su nueva patria, pero otra fue la realidad a consecuencia de la cual vino la tragedia texana.

Es en Nacogdoches, septentrional puerto de entrada a México, en donde se desarrollaba la conspiración antimexicana. Ahí se han reunido los aventureros políticos y los traficantes de tierras: John y William H. Wharton, David G. Burnett, Gail Borden, R. M. Williamson, Phil Sublett, Frost Thorn y Joseph Durst, y a quienes, a poco andar, se une Samuel Houston. Éste ostenta títulos de abogado y coronel, y ha llevado una vida de disipación y quebrantos. Protegido por el presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, ha ocupado el gobierno del estado de Tennessee. Luego, porque mucho gusta atraer las miradas hacia él, se hace nombrar embajador de la nación de los indios cheroqui. Es duelista, pendenciero, intrigante y ambicioso, cualidades todas que sirven para que sus compatriotas le apoden el *Cuervo*.

Al establecerse en Nacogdoches, Houston adopta la religión católica; se cubre la espalda con un sarape de Saltillo y usa en su caballo una plateada silla mexicana de montar. No obstante ese alarde de nueva nacionalidad, escribe al presidente de los Estados Unidos:

Habiendo llegado hasta la provincia de Texas [...] he adquirido algunos informes que [...] podrán servir a vuestros propósitos, en caso de que abrigase algunos, tocantes a la adquisición de Texas por los Estados Unidos. Que tal medida la desean el noventa y cinco por ciento de la población no

puedo dudarlo [...]. México se halla envuelto por la guerra civil [...] el pueblo de Texas está decidido a formar un gobierno de Estado y a separarse de Coahuila, y a menos de que México vuelva pronto al orden [...] Texas permanecerá separada de la Confederación Mexicana.

Desatada la guerra de 1836, Santa Anna sale a combatir a los sublevados en Texas. Improvisa un ejército; reúne fondos porque las rentas del Estado están agotadas, y emprende una marcha de 2 000 kilómetros, seguido de soldados pobremente vestidos, mal alimentados y con armas heredadas del virreinato. Combate en San Antonio y aniquila, sin piedad, a los defensores del Álamo. Se dirige a buscar a los individuos que han formado el gobierno antimexicano de Texas. Cruza el río Brazos y goloso avanza hacia Harrisburg, en donde cree encontrar a los directores de la turbulencia. Sin detenerse llega a las puertas del poblado, al que entra sigilosamente acompañado por 15 dragones, y en la cual descubre a tres colonos.

Como se siente favorecido por la suerte, no mide sus recursos militares. Cree que ya no hay más que hacer sino perseguir a los fugitivos y dispone la marcha de columnas ligeras para tal objeto. Él mismo quiere dar ejemplo de actividad en el exterminio del enemigo, y lo hace con audacia, olvidando que no es éste el mejor de los instrumentos para las victorias militares.

Tanto confía Santa Anna en sus artes que menosprecia al contrario y se olvida de Sam Houston. Éste, mañoso y atenido no al número de soldados sino a la calidad de sus hombres, así como a la fatiga física de las fuerzas mexicanas, ha esperado con paciencia la mejor hora para el combate.

El 18 de abril una partida de exploradores mexicanos descubre a Houston en las cercanías de Harrisburg. Santa Anna, al tener noticias sobre la situación del enemigo, se pone a la cabeza de sus soldados, y al día siguiente está frente a las fuerzas de Houston, abrigadas con un bosque de robles. Santa Anna alienta al rival al combate, pero Houston, después de ordenar un ataque

a la escolta del general mexicano, prefiere esquivar la batalla, y no se mueve de su posición.

Transcurre la noche del 19 sin novedad. Santa Anna no ha descuidado la vigilancia sobre el enemigo; pero ni reconoce las posiciones de éste, ni hace plan de ataque. Improvisa, eso sí, su defensa. Coloca en el centro de la línea al batallón de Matamoros; a la derecha, tres compañías, y a la izquierda, protegiendo su única pieza de artillería, una cuarta compañía y 50 dragones.

Houston, convencido de que en el campamento mexicano reina la tranquilidad, se retira a dormir, dando instrucciones para que no se le moleste, pero ya en el esplendor del día 21 exclama: “¡El sol de Austerlitz brilla nuevamente!”

Hasta el mediodía no hay movimiento ni en el uno ni en el otro de los campos, pero a las tres y media de la tarde Houston pone a sus hombres sobre las armas. Truenan sus dos cañones y los aventureros y colonos avanzan hacia los puestos mexicanos, y con mucho ímpetu se abren camino en el centro y en los flancos. Santa Anna, sorprendido, acude nervioso a los puntos asaltados, improvisando órdenes. La desorganización primero y el pánico después se hincan en las filas de los mexicanos. Los agresores no dan cuartel: clavan sus bayonetas en las espaldas de los que huyen; atraviesan con sus balas los pechos de quienes resisten. Los atacados, en su desesperación, intentan ganar el río San Jacinto; pero caen en los pantanos y allí mueren acribillados a tiros.

Santa Anna ve destruidas sus fuerzas consistentes en 1 200 hombres por los 800 de Houston. Monta a caballo y huye del campo de la desdichada acción con la esperanza de llegar a Harrisburg. De noche camina a pie, puesto que se le ha perdido la cabalgadura. Encuentra a su paso una finca abandonada, adonde se cambia de ropa. Continúa la marcha, pero a poco es descubierto y capturado por los soldados que Houston ha enviado en persecución de los dispersos mexicanos. Niega su nombre, mas al llegar al campamento de los triunfadores, amigos y enemigos le reconocen, y es conducido a la presencia de

Houston. Viste pantalón de dril, chaqueta azul de indiana, cachucha y zapatos bajos o chinelas de tafilete encarnado.

Grande y novelera descripción se ha dado por los escritores antimexicanos al encuentro de Santa Anna y Houston. Sin embargo, las exageraciones tienen la desventaja de que siempre son descubiertas por las realidades. En Santa Anna se ha pretendido mancillar el honor y la libertad de México, pero el general mexicano, a pesar de sus debilidades y vacilaciones, de sus incoherencias y apetitos, nunca tomó opio, ni fue ebrio ni carnicero; ni dio muestras de cobardía, ni se le conoció jactancioso autodenominándose *Napoleón del Oeste*, como han asentado algunos historiadores norteamericanos que, a guisa de originalidad, lanzan alegóricas frases llenas de pesados vapores.

Más político que general (él mismo confesaba no tener otras virtudes que las de un cabo), Santa Anna creía en las estratagemas que dictan al mismo tiempo el ingenio y la inconsistencia. Así, para recuperar su libertad en Texas, puso en juego arbitrios y ardidés que más útiles fueron al enemigo que a su patria. Ordenó, estando cautivo, primero un armisticio; luego, la retirada de las tropas mexicanas. Más adelante, se comprometió a no volver a tomar las armas contra los sublevados de Texas. Por último, intentó el suicidio bebiendo una fuerte dosis de láudano.

En los siete meses que estuvo prisionero lo hicieron víctima de las más indignas y crueles vejaciones, con lo cual se prueba que no había cometido traición a su patria, puesto que en este caso otro muy distinto trato habría recibido. Intentaron asesinarlo; le pusieron grillos; le negaron los alimentos, y hasta el más burdo de toda aquella calaña lo hizo objeto de sus burlas.

Penosa marcha la que precedió a la guerra de 1836; terrible su fin. Sin embargo, abraza en su seno honra y gloria para México, porque grande fue el valor de los soldados que se hundieron para siempre en las llanuras, en las selvas y en los ríos de Texas, sin más recursos que los escasos que llevaban consigo, sin más

esperanzas que su hombría y sin más anhelo que el de mantener la integridad del territorio nacional.

Cuando Santa Anna partió hacia Texas pareció ignorar que detrás de Samuel Houston estaba el general E. P. Gaines, y manejando a éste, el presidente Jackson. Gaines no sólo favorecía los planes de Houston, sino que por orden de su gobierno avanzó hasta Nacogdoches, al paso que el Departamento de Estado norteamericano advertía al ministro de relaciones de México que ese movimiento de tropas se efectuaba tanto porque Nacogdoches era punto situado en una zona disputada entre dos países, cuanto para evitar, a consecuencia de la guerra en Texas, las depredaciones de los indios rebeldes, ya en México, ya en los Estados Unidos.

De no ignorar Santa Anna la fuerza del apoyo que tenían los sublevados en Texas, habría dosificado su confianza en la expedición; pero tanto era el interés del general Jackson en el negocio texano que cuando el teniente Hitchcock le entregó una carta en la que Houston anunciaba su triunfo en San Jacinto, el presidente norteamericano pidió un mapa, sobre el cual pasó los dedos, emocionado, buscando el punto del combate, en tanto decía: “Debe ser aquí... no; es allí”. Y, en seguida de descubrir el lugar de la pelea, el general Jackson escribió a Houston felicitándole por la victoria, a la par que ordenó al general Hamilton Steward se situara en Pensacola dispuesto a “operar en México”.

Quiso también Jackson conocer y tratar personalmente a Santa Anna, y los coroneles Barnard B. Bee y George W. Hockley y el capitán William H. Patton se encargaron de conducir al general mexicano a Washington.

Jackson recibió afablemente a Santa Anna, y durante la conversación le preguntó: “General Santa Anna, ¿por qué siendo usted presidente en 1834 abandonó a su pueblo para unirse al partido militarista y clerical?” El general mexicano se rehusó a discutir sobre la política interior de su país con el presidente de una nación extranjera, “lo cual satisfizo a Jackson”, quien en

seguida propuso la compra de Texas por parte de los Estados Unidos. “Santa Anna saltó a esta simple enunciación”, con lo cual terminó la conferencia de entrambos personajes.

Digna fue la actitud de Santa Anna en su permanencia en los Estados Unidos. Jackson admitió haber tenido frente a él “un hombre de gran inteligencia”; y un estadista norteamericano, dijo: “Nunca he conocido un rostro y una cabeza tan bien formados”, advirtiendo que la fisonomía del general mexicano denotaba “talento, firmeza y benevolencia”. Waddy Thompson, admirador y discípulo político de Jackson, hombre de ostensibles ligas con los aventureros de Texas (aunque más tarde se opuso a la guerra de 1847) y ministro de los Estados Unidos en México, se encargó de repetir esos elogios a Santa Anna, aunque en esos días no le condujo el propósito de hacer justicia al gobernante de una nación, antes el designio (sabiendo cuán frágiles son los seres débiles ante el halago) de atraer a Santa Anna, en horas en que la diplomacia norteamericana hacía esfuerzos para evitar a su país el gasto de dinero y sangre en la adquisición de nuevos territorios.

Thompson, se repite, pertenecía a la escuela fundada y sostenida por Andrew Jackson, con el propósito no únicamente de conquistar el mando y el poder en los Estados Unidos, sino también de conseguir la dilatación del territorio norteamericano. Mas como parte de este plan jacksoniano sólo podía realizarse con segmentos del suelo mexicano, se dedicó la imperial escuela a denigrar la vida política de México, cayendo en esas tramperías algunos historiadores nacionales, con lo cual lograron corromper y destruir el espíritu de un pueblo que ha llegado a renegar de su historia, olvidando cuántos sacrificios por las libertades contiene cada una de sus páginas.

En seguida de John Quincy Adams —quien aunque nunca ganó la popularidad, en cambio dejó estampada en su pueblo la pureza de su conducta, el saber de su talento y la devoción de su patriotismo— ocupó la presidencia de los Estados Unidos el general Andrew Jackson.

Numerosas aventuras llenan la historia de la juventud de Jackson. Fue partidario de Aaron Burr, cuando éste proyectaba un imperio en el que incluía una región del territorio de México. Admiraba las glorias napoleónicas y creía en las propias. Tenía fama como duelista, y gustando de la carrera de las armas se entregó a ella con pasión, mas siempre con ambiciones políticas. Persiguió con mucha novelería a los indios rebeldes, y esto y el triunfo obtenido en el combate de Nueva Orleans, siempre exagerado, le dieron inflamativa gloria.

Adoptó, luego de su triunfo militar, la actitud de una augusta y florida autoridad, y convertido en preceptor de la política de los Estados Unidos, como nada tenía qué repartir, se dispuso a conquistar.

Por no tener la excelencia y vastedad de un creador, Jackson era hombre de sutilezas. Gimnasta flexible en el trato con sus amigos, espanto en sus planes, eléctrico en viveza, sobrado de piernas para el mando, reflexivo en sus previsiones, Jackson tenía las características de un caudillo. La Hermitage, su lugar de retiro, “era un templo por cuyas gradas ascendían los jóvenes ambiciosos”. Así y todo, Jackson, aparte sus tortuosidades, es una de las espléndidas figuras en la política estadounidense en la primera mitad del siglo XIX, realzada con más fineza que con espíritu por Augustus Buell y exhibida con más arte que razón en *Old Times in Tennessee*, de Guild.

Llegado, pues, a la presidencia de los Estados Unidos, Jackson dio ímpetu a sus proyectos de conquista y de grandeza; y, en tanto que intentaba transformar los sistemas políticos y administrativos de su país, hacía crecer las alas de los esclavistas norteamericanos, daba órdenes al general Winfield Scott para emprender nuevas persecuciones a los indios salvajes e instruía a su amigo Anthony Butler, un tahúr, dipsómano y traficante de tierras en Texas, para que, como ministro de los Estados Unidos en México, tratara de comprar el suelo texano.

Irascible y belicoso, a pesar de sus manifestaciones de neutralidad en la cuestión de Texas, Jackson no sólo estimulaba

y reconocía la independencia de ese solar mexicano (aunque culpando de esta resolución al Congreso de su país), sino que hacía los planes tanto para ocupar California, cuanto para emprender la guerra contra México.

A un hombre tan turbulento como Jackson correspondió una alborotada época en la historia política de los Estados Unidos, que incluye al gobierno de Martin Van Buren; pero que pareció terminar con la derrota del partido democrático en las elecciones nacionales de 1840 y con el triunfo del general William Harrison.

Sin embargo, a consecuencia del fallecimiento de Harrison, acaecido un mes después de haber recibido el mando y el poder, John Tyler —hombre falto de convicciones y consistencia— ocupó el Ejecutivo de la Unión norteamericana; fue él quien designó secretario de Estado a Daniel Webster, gracias a lo cual mejoraron las relaciones entre México y los Estados Unidos, que por los designios de Jackson se habían encostrado.

No muy duradero fue el entendimiento entre ambos países pues, separado Webster de la Secretaría de Estado, sus sustitutos, primero Abel P. Upshur y después John C. Calhoun, volvieron a las trapisondas y con éstas, los preparativos para la guerra.